

A veces pienso y a veces no.

A veces creo que es mejor pensar y otras, las menos, no.

Hago tantas cosas mecánicamente todos los días, todas las semanas, todos los meses, todos los años, toda mi vida... No siempre pienso el porqué.

Me he acostumbrado a lo fácil porque quizá, y sólo quizá, no quiero pensar porque duele, no quiero preguntas porque no recibo las respuestas que quiero oír. Si la vida pirata es la vida mejor, la vida muelle no le va a la zaga.

En un momento de mi vida, de mi otra vida, hace ya muchos años, aparecí despistada en el Hospital Universitario de Fuenlabrada. Llevo haciendo desde entonces turismo sanitario del bueno. Por libre elección y porque creo en lo que tengo y lo defiendo.

Al principio, todo era un trámite que cumplir para mi salud: consulta, pruebas, resultados y listo. Oye, qué fácil.

Qué cándida felicidad y qué dulces la ingenuidad y la inocencia.

Y hete tú que el tiempo pasa, que cumples 21 años... varias veces y que tú salud decide jugar contigo al escondite.

Sigo viniendo al Hospital, se sigue llamando igual, ese nombre aséptico, toponímico que no reverencia a nadie, sólo a la salud, a su estudio y consecución. Cuando lo pienso, sonrío porque irónicamente creo que le hace deberse a sus pacientes y no a una herencia nominal que ni es de gran utilidad ni va a salvarnos de nada.

Y ahora, con el paso del tiempo, mi relato ha cambiado, mis visitas no son un trámite, sino la búsqueda de la piedra filosofal de la salud.

Todos venimos a las consultas a hablar de nuestro relato cuyo tamaño es variopinto. Unas veces es más sereno y otras aterrador. Parece mentira, pero no es fácil hallar la verdad o la virtud en el término medio como nos decían hace siglos.

Siempre he admirado al profesional de la medicina que he tenido delante como persona implicada que aplica su doctrina, casi sacerdotal, para preservar mi salud.

No hay dos personas iguales ni dos enfermos iguales ni dos tratamientos iguales ni dos profesionales de la salud iguales... ¿o sí? O quizá somos tan vanidosos que confiando en nuestra unicidad intentamos una vuelta más de tuerca pretendiendo encontrar la particularidad.

Venimos con nuestra mochila. Vivimos un tiempo en las salas de espera escuchando otros libros, otros relatos, otras narraciones y otros narradores.

A veces, la mayoría, no queremos oírlos porque escucharlo nos hace daño. No sé si por egoísmo o por autoprotección sin caer en la cuenta de que a veces puede ser liberador para el narrador de la historia. Por mi cabeza siempre ha pasado un pensamiento de

suficiente es mi lastre como para aligerar el de otro, pero también he visto que en ocasiones puedo servir de ayuda sólo con un pequeño gesto de escucha activa y empatía.

Nadie ha dicho que esto fuera fácil y creerlo es estar herrado con hache y sin ella.

Cada vez pienso más con cabeza y corazón un plan holístico de salud y veo como escribo y rescribo mi relato una y otra vez como el mito del eterno retorno buscando medios y lucidez para alcanzarlo.

Volver a empezar no es sólo el título de una película. Repetir curso siempre me pareció una desgracia, una tacha en el expediente. No lo hice jamás en mis estudios. Echando la vista atrás, habría preferido repetir curso académico a repetir curso de salud. Claro que la alternativa no es nada emocionante.

Cada vez que he comenzado he atendido a pautas saludables nuevas perseverando en las ya integradas. Siempre con la ilusión de bolis nuevos, de estrenar cuadernos y colorearlos. Siempre con la ilusión de la buena nota. He descubierto que la escuela de la vida y de la salud es a veces cruel y que hay una nota de corte a la que no siempre he llegado... y no por falta de estudio y observación de las recomendaciones.

Con todo este sueño, espero, deseo y anhelo un futuro esperanzador para este colectivo en el que me integro.

No he dejado de tener miedo en momento alguno. El miedo es mi compañero diario. Hemos aprendido a tolerarnos y creo que hay momentos en los que podemos estar distanciados. Tenemos una relación tóxica con la que quiero acabar. El básico 'no eres tú, soy yo'.

No es fácil, pero las pautas que recibo como comienzo saludable me hacen ver un futuro esperanzador, soy optimista por naturaleza y viéndolo posible, prefiero instalarme en esta actitud. Creo en ello. Llegará tarde temprano, pero llegará. Y además quiero creerlo. Leemos y vemos muchas noticias. Hay mucho ruido en el asunto y a veces aturde, pero llegará.

Ante todo, hay que contenerse y mantener la serenidad y la confianza. Qué difícil se hace cuando tenemos entre manos lo que tenemos. Es lo nuestro más sagrado, nuestro sancta sanctorum: nuestra vida.

Es demoledor descubrir fehacientemente que eres frágil, vulnerable, limitado, efímero y remediarlo no está en tu mano. No sé vivir en la incertidumbre. Yo necesito vivir con verdades. Lo de si el gato está y luego no está es difícil de asimilar. La realidad es tozuda y la consciencia es a veces dolorosa, no obstante interiorizarlo puede que me haga ir por delante de algunos acontecimientos... o no.

Estoy convencida que haber llegado hasta aquí no es por casualidad y eso hace que mi candidez, inocencia y confianza sigan vivas. Sigo creyendo en los milagros de los que se dejan la última pestaña estudiando e investigando para ofrecer ese futuro esperanzador de salud que anhelamos.

Esta confianza es un acto volitivo, visceral y también racional. No puedo dissociarme en esto. No puedo no creer en el progreso de la ciencia

Que nadie nos robe el progreso y el futuro porque de los buenos, de los sabios, de los perseverantes, de los tozudos, de los insistentes y de los pacientes es el reino de la Medicina, la Ciencia y la Salud.